



LA FALACIA NEOLIBERAL: APUNTES REFLEXIVOS SOBRE EL FIN DEL CAPITALISMO

Miguel A. V. Ferreira

Universidad Complutense de Madrid

*«No podemos soslayar el hecho fundamental de que los problemas que estamos viviendo son en realidad un momento de una crisis que va mucho más allá de lo puramente financiero o económico. Los acontecimientos que se han producido, la quiebra de instituciones gigantescas; el sometimiento del planeta, de cientos de millones de personas ante los designios de unos pocos inversores ocultos ante la máscara de "los mercados", como si en realidad no fueran nada ni nadie, sino una especie de fuerza impersonal y aséptica; la ignominia que supone que entidades bancarias (también personas normales y corrientes sabiendo o no lo que hacen) inviertan para lograr que suban los precios de los productos alimenticios (como antes hacían con las viviendas), lo que da lugar a que mueran docenas de millones de personas; el engaño civil que supone la puesta en marcha de reformas laborales, de las pensiones o de los servicios públicos a sabiendas de que lo que van a conseguir no es lo que se le dice a la población sino el mayor beneficio de unos pocos; la destrucción del planeta, la indiferencia ante su degradación o ante la generalización de un modo de producir que genera más desechos que bienes; la generalización de situaciones de exclusión y de discriminación que son realmente las que permiten la sumisión necesaria para que todo esto pueda darse... Todo ello, la mitificación del dinero, la universalización de lo mercantil que lleva a que todas las dimensiones de nuestra vida humana se hayan puesto en venta, la avaricia descontrolada, el cultivo del egoísmo y el fomento de la desinformación o la constante manipulación de las conciencias, nos indica que si todo lo que hemos comentado se ha podido producir es porque **alguien con demasiado poder ha logrado poner el mundo "patas arriba", invertir los valores y las prioridades y llevarnos a los seres humanos por un camino que no es el que nos permite alcanzar plenitud como tales...**»*

(Navarro, V; Torres, J.; Garzón, A. 2011: 81-82; subr. ntro.)

Prolegómeno

Asistimos, a fecha actual, a la última fase de un proceso de conjunto que comenzó a gestarse en los años 70 del siglo pasado, y que lo hizo por la confluencia de diversos procesos específicos no conectados causalmente entre sí (Castells, 1996). Emergieron nuevos movimientos sociales —los principales, el feminismo y el ecologismo— que se enfrentaban a valores culturales que habían sido sostén del proyecto de la modernidad; se inició un proceso de re-estructuración organizacional en el ámbito económico que implicaba, tanto un reordenamiento de las estructuras empresariales como una nueva modalidad de interacción de las mismas entre ellas, con sus consumidores y con sus trabajadores; y en el terreno político, se iniciaba el giro hacia la radicalización neoliberal en la gestión pública.

Alimentando estos procesos y estableciendo las condiciones para su ulterior desarrollo, comenzaba el despegue tecnológico que nos acabaría instalando en el universo multimedia a través de las nuevas tecnologías de la información. Éstas acabarían dando soporte comunicacional a esos nuevos valores culturales incrementando exponencialmente su difusión, facilitando los métodos de gestión intraorganizacional de las empresas y transmutando la lógica de la inversión financiera en las bolsas internacionales; y, como efecto de ello, estipulando directrices, criterios, constricciones en la gestión política de los Estados-nación.

Se desestabilizó un ideario común y consensuado respecto a los marcos normativos que habían tenido vigencia hasta ese momento: la división de géneros se reveló como una arbitrariedad cultural que no tenía que ver prioritariamente con diferencias de sexo, sino con dominación y sometimiento; los roles tradicionales adscritos a esa división en términos laborales quedaron en suspenso; y el papel del Estado en cuantas cuestiones eran tomadas en consideración había de modificarse significativamente, pues ya no iba a ser su función “proteger” —socialmente— a la ciudadanía, sino facilitar las condiciones para que de su gestión se derivaran datos macroeconómicos positivos (se suprimió la «ciudadanía social» —Alonso, 1999— como modelo político-económico de integración y consenso social).¹

Se reconfiguró el escenario práctico de intervención. Surgieron nuevos imperativos: había que prestar atención a la mujer y al planeta, había que flexibilizar las enquistadas estructuras empresariales tradicionales y los mercados laborales, había que adaptarse a los dictámenes de los emergentes flujos financieros de capital, había que asumir (finalmente, ya, en los noventa) que las políticas estatales, con independencia del signo ideológico de cada gobierno particular, debían plegarse a los dictámenes incuestionables del ideario neoliberal en auge.

En los 70 se acabaron las alternativas; se acabó, entre ellas, la de pensar que un mundo distinto al vigente sería factible y deseable; se acabó la posibilidad de creer que la desigualdad, social, económica, cultural y

¹ La ciudadanía social, según Alonso, implicaba agregar a la simple condición política de la ciudadanía un soporte material, económico, vinculado a la actividad laboral. Fue el modelo que se desarrolló tras la II Guerra Mundial mediante las políticas económicas keynesianas y los Estados de Bienestar. El objetivo prioritario era el pleno empleo, puesto que ello implicaría capacidad de ahorro de la clase trabajadora y, con él, una demanda solvente que garantizaría el empuje económico (políticas de demanda). Para ello, había que dotar de estabilidad y seguridad a la condición laboral, lo cual se lograba mediante coberturas públicas, subsidios, garantías frente al despido, servicios de salud pública, etc. De este modo, disponer de un salario implicaba mucho más que simplemente obtener una remuneración económica en forma de salario; implicaba seguridad, estabilidad y todo tipo de prestaciones públicas no propiamente económicas. Suponía, en consecuencia, la vía fundamental para la integración social y un reconocimiento, a través del trabajo, de la condición (política) de ciudadanía. De ahí el concepto de ciudadanía social (no estrictamente política). El concepto tiene su origen en la tesis de Robert Castel sobre la «sociedad salarial» y el «salarinado», como modelo, la una, y grupo o colectivo social, el otro, que garantizaban a través de la actividad asalariada una integración social amplia que restringía los márgenes de la «vulnerabilidad social» (el riesgo de exclusión social) (Castel, 1997).

puramente existencial (en términos de supervivencia) era algo que podía ser tratado drásticamente con el objetivo de su erradicación. Con el derrumbe de los regímenes políticos estatistas, por primera vez en la Historia el conjunto del planeta se regularía por los principios económicos capitalistas². Por muy pernicioso que hubiera sido para muchas personas la puesta en práctica efectiva de modelos políticos comunistas y socialistas (y, de hecho, lo fue, pues los modelos que realmente se pusieron en práctica distaron mucho, sino infinitamente, de las propuestas marxianas que, supuestamente, los alimentaban), lo cierto es que con su existencia expresaban la posibilidad efectiva de una alternativa al sistema capitalista, una alternativa cuyo principio, al menos teórico, era la consecución de sociedades igualitarias no basadas en su estructuración social en la competencia económica de sus miembros.

En todo este conglomerado de transformaciones de conjunto, el dato fundamental a tomar en consideración, por lo tanto, es que la economía capitalista logró de hecho lo que de derecho reclamaba Adam Smith en el s. XVIII, liberar su funcionamiento de todo tipo de traba o control, operando a escala planetaria. Ahora bien; no va a ser el conjunto de la economía el que se sustraiga a todo tipo de regulación, sino ese sector central de la inversión financiera que moviliza las mayores cantidades de capital en intercambios que recorren las bolsas del planeta. Los grandes capitales van a abandonar su función originaria de financiar la producción de bienes y servicios y van a emprender el juego especulativo de las apuestas de riesgo; es el dinero que circula sin soporte material, tangible, alguno el que produce más rentabilidad, más dinero (Castells, 1996).

Paradójicamente, de la circulación de ese dinero volátil e intangible va a acabar dependiendo el conjunto de la economía del planeta, invirtiéndose la lógica propia del sistema capitalista; hasta entonces, el éxito en el sector financiero dependía de la buena marcha de la producción en la que se invertía; ahora, del discurrir de la especulación financiera depende la buena marcha en el terreno productivo. Ya no importa que una empresa obtenga buenos o malos resultados de ventas, pues de lo que se trata es de que sus apuestas especulativas de riesgo proporcionen los beneficios que garanticen su viabilidad con independencia de las ventas.

No es de extrañar que en este mundo al revés surja el concepto de “la economía *real*”, por oposición a esa otra, *virtual*, de la cual, ahora, aquélla depende. Ya no importa la *realidad* económica, la de los tradicionales mercados de intercambio, circunscritos en el espacio-tiempo y dotados de la materialidad propia de las mercancías y de la acción concreta que supone la prestación de servicios. La *realidad* económica de esos mercados va a quedar supeditada a la de los nuevos mercados de capitales financieros, sin circunscripción espacio temporal pues circulan mediante operaciones electrónicas (instantáneas) a lo largo de todo el planeta, intangibles e invisibles, ya que no hay fabricación de mercancías ni prestación de servicios en juego. Y lo más problemático es que en ellos ya no se respeta el principio de la libre competencia, dado que al especular sobre la evolución futura de sus propios movimientos, las decisiones de inversión se toman a partir de pronósticos informáticos producidos por programas diseñados al efecto, que se actualizan permanentemente y sólo están al alcance de unos pocos inversores (Castells, 1996).³

² Todavía Corea del Norte, Cuba o, sobre todo, China, se supone que se regulan políticamente por regímenes comunistas, revolucionarios. Sin embargo, en un mundo económicamente globalizado en el que los Estados-nación han perdido prácticamente toda capacidad de gestión autónoma, es evidente que sobre dichos regímenes recaen, igual que sobre todos los demás, los imperativos de ese capitalismo global. No es de desdeñar que la nominalmente comunista China, operando desde hace años un giro económico hacia el capitalismo, sea a fecha actual un agente político-económico que el mundo occidental ya no puede dejar de tener en consideración.

³ Lo cual es ejemplo paradigmático de lo que Merton (1970) denominara «profecías autocumplidas», definiciones de la realidad que son tomadas en consideración por los agentes sociales y condicionan sus acciones generando como resultado que dichas definiciones, por efecto de esa práctica por ellas condicionada, se conviertan en verdaderas. Esos pronósticos informáticos de la evolución de los mercados financieros son “definiciones de la realidad” futura que son creídas por los inversores, condicionan sus acciones especulativas y tienen como efecto el cumplimiento del pronóstico. Dicho de otro modo; el pronóstico incorpora una previsión de acciones de inversión y dichas acciones se cumplirán,

Los grandes capitales ya no se invierten *esperando* que de tal inversión resulte un beneficio; los grandes capitales *anticipan* el beneficio que motiva la inversión. El beneficio anticipado produce la inversión. Lo cual supone la inversión del principio fundamental que regula un régimen económico capitalista, principio psicológico, de motivación, para la inversión de capital (véase *supra* nota 13); si la motivación originaria para invertir capital comporta un *riesgo* (pues la inversión puede no lograr el objetivo perseguido del beneficio), ahora, fruto de la anticipación del beneficio, la inversión se basa en la *seguridad*, en la garantía de éxito previamente calculada. Es de esta inversión de la que se alimenta la especulación financiera que mueve la economía global en la actualidad (las agencias de calificación y las primas de riesgo son los más altos exponentes de ello⁴).

Esos capitales especulativos ya no tienen patria ni bandera, no son portadores de nacionalidad alguna ni hay fronteras para ellos; por lo cual, no están sujetos a tasas ni a obligaciones tributarias. Lo que significa que ese ámbito en el que se dan las más voluminosas operaciones de inversión y que generan las mayores cantidades de beneficio no está sujeto a redistribución alguna. Lo cual propicia que los Estados-nación vean severamente restringida su capacidad de financiación. Ha habido un proceso progresivo de reducción de los ingresos fiscales provenientes de los beneficios del capital por parte de los Estados-nación que ha implicado un correlativo incremento de las aportaciones obtenidas de los rendimientos del trabajo (Beck, 1998).

Es decir; mientras los especuladores financieros no reparten nada con nadie y no tienen que rendir cuentas ante nadie, sin dejar de incrementar sus cuantiosos beneficios, la gran mayoría de trabajadores/as del planeta, que no obtienen beneficio alguno y cuya existencia en la economía *real* depende de esos movimientos especulativos, son quienes se ven obligados/as a aportar los recursos económicos para el mantenimiento de los Estados-nación.

El Estado-nación, como institución, ha pedido toda capacidad de maniobra. La mayor parte del endeudamiento público no proviene de deuda *real*, derivada de la prestación de servicios o de la inversión productiva, sino que ha sido adquirida a partir de participaciones en las operaciones especulativas de esos capitales apátridas. Esa deuda es la que supedita las decisiones, políticas, de los Estados-nación, a las demandas, requerimientos y necesidades, económicas, de los capitales financieros. Es la especulación financiera la que regula las decisiones políticas y no a la inversa.⁵

precisamente, porque los inversores se creen de antemano el pronóstico y actúan de acuerdo al mismo. Cabe imaginar el catastrófico efecto que sobre esas acciones podría producir un informático «perverso» que tomara en consideración este efecto de autocumplimiento para producir un pronóstico «suicida», un pronóstico deliberadamente erróneo que generara unas acciones que, presupuestas como adecuadas por sus ejecutores, condujeran en realidad a su ruina (el concepto de «teoría suicida», la versión opuesta a la profecía autocumplida, también procede de Merton).

⁴ No se puede dejar de observar que ese cálculo, esa anticipación, involucra a personas concretas con intereses particulares, de modo que los cálculos que conducen a la «calificación» de un determinado producto o inversión económica y a la determinación del «riesgo» de quiebra de una economía nacional pueden ser efectuados, no para determinar objetivamente la calificación (más o menos buena) o el riesgo (más o menos alto), sino para condicionar las acciones de los agentes implicados en beneficio de los intereses de quien calcula. Y ha sido precisamente esto lo que ha constituido uno de los factores que nos han conducido a la situación de crisis actual, al calificarse como absolutamente seguras, solventes y «limpias» operaciones y productos absolutamente arriesgados, escasamente solventes y «sucios». Como señala Lizcano (2009), una de las operaciones que encubren esta causalidad concreta e interesada fruto de determinadas acciones de personas específicas ha sido la nomenclatura metafórica que se ha aplicado a la crisis, presentándola como un fenómeno natural amenazante: «una *tormenta* sacude al mundo. La crisis financiera cruza el Atlántico...», «las bolsas *sufren* brutales *sacudidas*», «la *fuerza* del *huracán* financiero obliga a los gobiernos a tomar medidas» (Lizcano, 2009: 92); las tormentas, sacudidas y huracanes no obedecen a causalidad humana alguna y por tanto no cabe concebir que cálculos interesados estén detrás de tales fenómenos...

⁵ El documental *Inside Job*, que relata el proceso que ha conducido a la crisis actual, poniendo nombre y apellidos a quienes la han provocado, comienza con el relato del hundimiento de un Estado-nación, Islandia, a manos de los especuladores financieros: en apenas cinco años, toda una economía nacional fue arruinada por dicha especulación.

Y esto ha sido posible porque la dinámica efectiva de esta nueva economía anti-económica⁶ ha estado necesariamente acompañada por la imposición hegemónica de un discurso legitimador, el discurso neoliberal. «Todo sistema económico exige un conjunto de reglas, una ideología para justificarlas, y una conciencia en el individuo que le haga esforzarse por cumplirlas» (Robbins, 1964: 18; cit. en Montoro, 1985: 82). Efectivamente, esta nueva economía neoliberal se ha llevado a la práctica gracias a una justificación ideológica que ha logrado imponer en las personas una conciencia proclive a su sostenimiento. He ahí la «falacia» neoliberal, una falacia ideológica.

Mitos y ficciones: el neoliberalismo prometeico

Ante todo, hemos de recalcar lo indicado al inicio. No nos hallamos, a fecha actual, en la situación en la que estamos como consecuencia de un único proceso de causalidad sencilla de rastrear; la situación es el resultado de diversos procesos de transformación que han trastocado los parámetros económicos, políticos y culturales que se habían alcanzado en los años 70 del siglo pasado.

Habría que tener en cuenta, por ejemplo, que el movimiento feminista, un proyecto político y cultural, ha tenido una significativa implicación económica al propiciar una incorporación masiva de las mujeres al mercado laboral en los países occidentales. Como bien es sabido (Torns, 1999; Prieto y Gómez, 1998), esta feminización de los mercados laborales ha sido uno de los factores que han hecho factible la flexibilización, parcialización y temporalización de dichos mercados⁷. Como también es evidente el impacto que las nuevas tecnologías de la información han tenido en el desarrollo de nuevas estrategias de organización laboral, de intercambio, de organización empresarial y su fundamental importancia para el sostenimiento material de la especulación financiera. Y, asimismo, la extensión de dichas tecnologías en el uso cotidiano ha marcado un significativo cambio cultural en las sociedades occidentales.

Por lo tanto, de entre todo el entramado de procesos interconectados que podrían tomarse en consideración, nos centramos exclusivamente en la constitución de un nuevo modelo hegemónico de ideología que, si bien cumple la función prioritaria de legitimar y justificar el funcionamiento actual de la economía neoliberal-global, extiende sus ramificaciones a todas las esferas de nuestra existencia.

Como punto de partida, tomaré dos ejemplos concretos cuyos actores principales son parte de esa minoría de inversores especulativos que se llevan sus magros beneficios financieros sin dar cuentas de ellos a nadie. Se trata de la publicidad de una gran entidad bancaria y de una multinacional de la energía.

⁶ Si atendemos a la definición clásica de Samuelson, «La economía es el estudio de la manera en que los hombres y la sociedad terminan por elegir, con dinero o sin él, el empleo de unos recursos productivos “escasos” que podrían tener diversos usos para producir diversos bienes y distribuirlos para su consumo, presente o futuro, entre las diversas personas y grupos que componen la sociedad» (1976: 5; cit. en Montoro, 1985: 71-72), la economía actual ya no se basa en recursos productivos escasos ni tiene por objeto producir y distribuir bienes, sino que depende de inversiones financieras especulativas sin soporte productivo alguno y sin redistribución de ningún tipo; por lo tanto, es anti-económica.

⁷ La supuesta «liberación» de la mujer del dominio machista y patriarcal implicaba, entre otras cosas, la consecución de una independencia económica. Sin embargo, dado que las mujeres que acceden a dicha independencia no abandonan su condición de esposas/ parejas y de madres, se ven sometidas a la llamada «doble jornada», compuesta de la propiamente laboral y remunerada y de la doméstica propia de su rol tradicional. En estas condiciones, los trabajos a tiempo parcial con horarios flexibles sería para ellas una opción deseable. Lejos de ponerse en práctica medidas laborales específicas al respecto, la ideología neoliberal no ha desaprovechado este argumento para propiciar una flexibilización generalizada de los mercados laborales que se ha extendido a todos/as los/as trabajadores/as (Bilbao, 1999).

La entidad bancaria nos dice que hemos de «des-aprender» a ahorrar para aprender el nuevo estilo de ahorro que nos propone. Ese nuevo ahorro se basa en una total ausencia de comisiones y en una rentabilidad asociada a la domiciliación de recibos. Es decir, el banco no nos cobra nada por ninguna operación que hagamos con nuestra cuenta (lo cual, ciertamente, es radicalmente novedoso) y premia nuestros gastos regulares con el reintegro de una parte proporcional de los mismos (también novedoso, a su vez).

La multinacional energética, rizando el rizo de lo imposible, nos informa de que una parte importante de sus actividades está destinada al reciclado de neumáticos usados para hacer carreteras «ecológicas», de modo que su actividad, basada fundamentalmente en la extracción de petróleo, lejos de contribuir a la degradación medioambiental y a la destrucción de recursos naturales, es una actividad ecológica, o sea, lo contrario de lo podríamos haber presupuesto.

Excursus

Al revisar la publicidad a la que se alude⁸, hemos comprobado que el supuesto ahorro-empresarial y el supuesto ecologismo propio del consumo energético se apoyan en la virtud creativa e imaginativa: «inventar el futuro», «reinventarlo todo», «desinventar las comisiones». Es decir, dicha publicidad no se apoya en la realidad efectiva, vigente y actual de las empresas (beneficio derivado de la inversión financiera o de la extracción y venta de recursos energéticos), sino en un futuro a construir, colectivamente (la primera persona del plural es la más usada en dicha publicidad), mediante nuestra imaginación y nuestra capacidad creativa, que se entiende, entonces, que es la principal función a la que, como empresas, están contribuyendo. Si nos creemos que nos dicen la verdad.

La entidad bancaria X parte del slogan «El día que desaprendes a ahorrar, aprendes la nueva forma de ahorrar», que da soporte al llamado «Manifiesto del Fresh Banking», que se organiza en torno a «diez mandamientos» (<http://www.manifiestodelfreshbanking.com/>). Es decir, la entidad bancaria está en posesión de las tablas de Moisés y nos ofrece, nada más y nada menos, que una versión contemporánea del camino de la salvación. El segundo mandamiento reza «yo reduzco costes, tú ganas más»; el tercero, «doy más, pido menos»; el quinto, «olvidate de negociar, aquí no hace falta»; el séptimo es el que incluye la incitación a la imaginación, «desinventamos las comisiones» (las comisiones son el lucro sistemático y habitual que las entidades bancarias han aplicado a todos sus clientes por el mero hecho de usar sus servicios; el séptimo mandamiento, curiosamente, es el de «no robarás», de tal modo que, entonces, la entidad nos está prometiendo no robar(nos), reconociendo, con ello, que el robo ha sido parte sistemática de la práctica bancaria...); y el noveno mandamiento reza «tenemos que ganar... todos». Es evidente la retórica de la causa común y del compromiso colectivo: nadie pierde, todos ganan, reaprender, desinventar... advenid al mundo empresarial como cobijo seguro de vuestro futuro, ése es el camino de salvación, las Tablas de la Ley, que os ofrecemos.

La empresa energética Y pone en boca de los hijos de sus clientes y empleados «...es tiempo de que nos sentemos a hablar del mundo que queremos para ellos [los hijos de esos hijos]... quiero que [mi hijo] viva con la naturaleza... vamos a tener que reinventarlo todo...», para culminar con el texto escrito «30.000 empleados, millones de clientes, pensando en los hijos de tus hijos. Hacia una nueva conciencia». Es decir, la empresa no se nutre de los beneficios derivados de su actividad empresarial, actual, sino de estar forjando esa «nueva conciencia» que habrá de ser necesaria dentro de dos generaciones; construye un futuro para todos/as a largo plazo, un futuro colectivo y comprometido con y desde la in-

⁸ Agradezco a Margaret Milena Mora Martínez su ayuda en el proceso de revisión de dicha publicidad y en la selección de las citas que a continuación se incluyen.

fancia (con niños/as quienes esto nos relatan, ¿cómo dudar de su palabra, que es la palabra de la empresa?).

La empresa energética Z, procede a una larga enumeración de logros científicos, artísticos, culturales, tecnológicos, enumerados bajo la etiqueta «hemos inventado», para concluir «...si hemos sido capaces de todo eso, cómo no vamos a ser capaces de proteger lo que más nos importa: [Z], inventemos el futuro». En otro anuncio, la misma empresa nos dice «...no hay que poner barreras a la imaginación... la capacidad de imaginar es el mayor recurso del ser humano...». Si tras todos esos logros de la Humanidad estamos aquí, pues seguramente seremos [nosotros —siempre una apelación colectiva—, la empresa] uno más de ellos, y no vamos a desmerecer nuestra labor como tal; lo que no se dice es lo que «más nos importa», pero que cualquier observador «comprometido», sabiendo qué es la empresa y cuál es la problemática ecológica actual, entenderá que es el planeta. ¿Cómo dudar de que uno de esos grandiosos logros derivados del progreso de la humanidad va a atentar contra la integridad del planeta en un momento en el que la degradación ecológica es uno de los riesgos más graves a los que nos enfrentamos? Imposible, pues nos habla uno de los últimos eslabones de la capacidad de invención humana, que además nos impulsa a ser, seguir siendo, imaginativos. Nuevamente se nos ofrece un mundo futuro a construir a inventar, un futuro colectivo y comprometido con «lo que más nos importa».

La trampa ideológica (la falacia) queda desvelada en la parodia de esta publicidad de la empresa Z que se puede ver en http://www.youtube.com/watch?v=G0Og1NQQc_o&feature=related: «destruimos la tierra, arrasamos su suelo, generamos hambrunas, prohibimos el pan y la sal... inventamos las guerras... el petróleo, los coches, los atascos y la polución... esclavizamos a la África triste y desnuda... exterminamos humanos, ballenas... Si hemos sido capaces de todo eso, cómo no vamos a ser capaces de destruir lo que nada nos importa: [Z], destruyamos el planeta».

De este modo, invención, reinversión e imaginación, desaprendizaje, futuro, nueva conciencia son los valores empresariales que nos incitan a adherirnos como clientes; no estaremos contribuyendo con ello a incrementar los beneficios de tales empresas, sino a forjar un futuro colectivo mediante nuestra capacidad creativa, innovadora, emprendedora. Seremos empresarios de ficción en la ficción empresarial que se nos vende. Pero el trasfondo, claro, que rezuma todo ello, es que, en el fondo, seremos «felices»... en ese futuro utópico, claro está (y así podemos desentendernos del presente y sus precariedades para concentrarnos en lo por venir; ¿no se asemeja esto a una modalidad empresarial-publicitaria de un credo religioso que promete el paraíso y la salvación eterna? La Palabra del Dios-Beneficio).

Por tanto, al hacernos socios del banco nos convertiremos en empresarios (ahorrar es invertir para obtener un beneficio), y al consumir los productos de la multinacional de la energía estaremos contribuyendo al cuidado del planeta. Queda así negado el hecho de que el banco, como todo banco, destinará el ahorro de sus clientes (ahora empresarios) a sus operaciones habituales, las de todo banco, que son, claro está, las de préstamo de dinero a crédito y de inversión financiera; como también que el producto energético básico de la multinacional (ahora ecológica) es el petróleo, que seguirá extrayendo en plataformas por todo el mundo contribuyendo con ello y con su consumo a la degradación medioambiental.

Podemos plantearnos por qué ni el banco ni la multinacional basan su publicidad en los resultados económicos obtenidos; es decir, por qué no hacen valer la razón de ser de su existencia en tanto que empresas, por qué no nos muestran, en la publicidad, sus balances económicos anuales, cuántos miles de millones de euros de clientes ha utilizado el uno para obtener cuántos miles de millones de beneficios, o cuántos cientos de miles de barriles ha extraído la otra para obtener cuántos miles de millones, igualmente, de beneficios... ¿po-

demos, realmente, planteárnoslo? La gran mayoría de la gente no puede; ni se plantea siquiera la pertinencia de dicho planteamiento porque la ideología, la falacia neoliberal ha socavado tal posibilidad.

¿Cómo ha sido posible llegar a un mundo en el que quepa hacer creer que el depósito de la nómina en un banco sea una actividad empresarial y la extracción de petróleo una actividad ecológica? Sólo cabe entenderlo a partir de un sistemático proceso de domesticación ideológica que haya logrado que lo inverosímil sea perfectamente creíble por un número suficiente de personas.

Ese proceso tiene sus antecedentes, según Foucault (2008), en el proceso de reconstrucción de la Alemania de postguerra (por lo tanto, estamos hablando de seis décadas de gestación de la «criatura»). La Alemania nazi era el antecedente político vigente en la memoria de toda Europa, por lo que un proyecto de reconstrucción nacional no podía apelar a la política para llevarse a cabo; de este modo, los encargados de elaborar dicho proyecto entendieron que la economía debía ser el fundamento. La escuela ordoliberal (así llamada por la revista que los aglutinaba), o escuela de Friburgo (por ser ésta la universidad en la que principalmente desarrollaban sus actividades), en la que participaban economistas, juristas y filósofos fue el órgano político encargado del proyecto. Se trataba de legitimar el Estado por su función como protector y garante de una adecuada organización económica. Los principios de dicha organización habían de ser los del liberalismo clásico de Smith, pero eran necesarios ciertos «reajustes». De entre ellos, Foucault destaca fundamentalmente dos. En primer lugar, el mercado, el espacio del juego económico, ya no podía ser pensado como algo «natural», algo que surge espontáneamente y se perpetúa por su lógica interna si no se interfiere en su dinámica. Ese postulado originario del liberalismo no daba cabida a ninguna fundamentación de la labor del Estado, cuya función política sería, simplemente, inhibirse. El mercado iba a ser definido como un principio formal dotado de una lógica interna que había que procurar que se constituyese adecuadamente, de acuerdo a esa lógica y cuyo adecuado funcionamiento había que garantizar en todo momento, mediante medidas que, si bien no debían afectar directamente a lo económico, debían garantizar que se diesen todas las condiciones «medioambientales», extraeconómicas, que hacían posible dicho funcionamiento.

Pero, además, ese mercado ya no podía ser entendido como el de intercambio entre iguales, un mercado de compra-venta. En un mercado así tan sólo actúan calculadores egoístas con intenciones individuales. Era necesario constituir un mercado en el que la «iniciativa», el carácter «emprendedor» fueran los elementos claves, si es que se quería que el proyecto de reconstrucción nacional tuviera sentido. Por tanto, en el núcleo de la lógica de ese principio formal que era el mercado ya no se situaba el intercambio, sino la competencia, la competencia entre desiguales pugnando por adquirir el máximo poder posible. Un mercado de inversores, un mercado de empresarios. Ese era el mercado que el Estado estaba llamado a constituir y del que tendría, como labor política fundamental, garantizar un adecuado funcionamiento.

Por lo tanto, el futuro estado alemán encontraría su legitimidad política por un intervencionismo permanente que garantizase que se cumplieren todas las condiciones necesarias para la constitución y buen funcionamiento de un mercado de competidores; y para ello, era necesario que el principio empresarial fuese el eje de articulación social; había que conformar un tejido social en el que la empresa fuese la unidad constitutiva fundamental. Todo alemán debía aspirar, de algún modo, a ser parte de ese principio empresarial.

Estos precedentes (competencia, empresa y política puesta al servicio de la economía) son la base del neoliberalismo que finalmente emerge en los años 70; el neoliberalismo que acabará imponiéndose de modo hegemónico en el plazo de dos décadas. Será el neoliberalismo estadounidense. Las bases ordoliberales alemanas serán afianzadas con las propuestas de la teoría del Capital Humano⁹.

⁹ Aunque dicha escuela pronto demostró sus limitaciones en la práctica y fue rápidamente abandonada en cuanto tal, sembró las semillas ideológicas a partir de las cuales germinó el neoliberalismo que ha acabado imponiéndose.

La idea central de dicha escuela parte de la disolución de la dicotomía marxiana entre capital y trabajo, eliminando el segundo término: todo agente económico es un capitalista, es portador de un capital que puede invertir para obtener un beneficio. Era la manera más radical de concretar el proyecto ordoliberal de constituir un tejido social basado en el principio empresarial. El capitalista posee un capital económico en sentido estricto, mientras que el trabajador posee un capital que reside en su persona, en el conjunto de sus capacidades, disposiciones, habilidades y recursos; él es su propio capital. Desde el afecto materno en los primeros años hasta la formación laboral específica en sus últimos años educativos, todo contribuye a dicho capital. Cuando ingresa al mercado laboral como trabajador, no va a prestar su fuerza de trabajo a cambio de una remuneración, va a hacer una inversión de la cual su salario será el beneficio; cuanto más capital humano acumulado, tanto más beneficio; cuanto más capital humano acumulado, tantas más opciones de promoción laboral y de incremento de dicho beneficio. La ecuación no es un trabajo — un salario, sino un capital humano — un flujo sucesivo de remuneraciones que son el beneficio obtenido por la inversión de dicho capital.

Así pues, todos/as somos empresarios/as; en concreto, los/as trabajadores/as son empresarios de sí mismos, ellos/as son su propia empresa (por eso es factible creer que «des-aprender» a ahorrar se convierte en una actividad empresarial, el ahorro es inversión, si una entidad bancaria te lo dice).

Evidentemente, esto no se sostiene sin todo un conjunto de operaciones asociadas que garantizan y dan vigencia a esa empresarialización generalizada de la sociedad. Como dice Tony Watson (1995), uno de los ejes estructurales que garantizan que el conflicto constitutivo del sistema económico capitalista pueda provocar perturbaciones, es la distancia que se da entre los principios (culturales) que lo amparan —libertad, independencia, igualdad de oportunidades—, y los resultados (materiales) que produce —sometimiento, dependencia, desigualdad—. Es decir; de algún modo, hay que hacer creer, pese a la realidad cotidiana vivida, que la existencia es/ puede ser mejor y que conduce al éxito si asumimos, aceptamos, acatamos y practicamos eso que se supone que nos conduce a él.

En este aspecto, la teoría funcionalista ha sido de indudable valía al aportar una visión del orden social en la que la desigualdad es una condición necesaria del mismo y que la trayectoria y posición de cada persona en la estructura social depende exclusivamente de su talento y esfuerzo individual, puesto que se presupone la igualdad de oportunidades como marco de referencia. En un mundo constitutivamente «igualitario» la desigualdad sólo puede ser consecuencia de los actos particulares de cada cual pues, se entiende, no hay constricciones estructurales y de antemano que impidan a nadie llegar a dónde, a título individual, se merezca.

A partir de los años 70 la economía acabó constituyéndose como algo que funcionaba si la inversión la alimentaba. Si se dan las condiciones necesarias para que los empresarios quieran invertir, todo irá bien; ellos obtendrán beneficios y gracias a ello crearán puestos de trabajo, se incrementará la riqueza colectiva y todos saldremos ganando. De modo que la función política fundamental pasa a ser la de garantizar las condiciones que facilitan el beneficio empresarial. Ello pone fin a toda una época en que las políticas económicas trataban de asegurar que los trabajadores, que constituyen la mayoría mayoritaria de las ciudadanías, por el hecho de serlo, tuvieran todo tipo de coberturas frente al riesgo. Garantizar una cobertura pública de los riesgos de la clase trabajadora significaba garantizar el ahorro y por tanto una demanda solvente y capacidad de consumo. Pero eso era cuando la economía *real* era la única economía. Cuando dicha economía quedó atrapada por la especulación financiera, los trabajadores se hicieron prescindibles: empresarios incompetentes.

En la nueva lógica, las desigualdades no dejan de crecer exponencialmente, pero ya no cabe hablar de injusticia, sino de ineficiencia. Aquí es dónde interviene el funcionalismo. Según sus presupuestos, la desigualdad, lejos de ser algo que debería ser erradicado, es una condición necesaria de nuestra existencia colectiva. ¿Por qué? Porque, efectivamente, pese al principio de la igualdad de oportunidades, de hecho, no todos/as somos iguales. Las funciones a cumplir en el mundo en el que vivimos, dicen, no son de igual importancia, y no todo el mundo está preparado para desempeñar cualquier función. Hace falta talento y esfuerzo para escalar en la jerarquía social. Son atributos individuales, de modo que quien se encuentre desfavorecido habrá de asumir

que la culpa es suya, que no tiene el talento suficiente o que no se ha esforzado todo lo que debería. El «sistema» está bien tal cual, sólo fallan las personas singulares. Si no he logrado el éxito, si no he podido rentabilizar adecuadamente mi capital humano, si mi «empresa» personal fracasa... la culpa es mía... todo lo demás está bien, es cómo debe de ser.

Y así, por un lado, esa empresarialización del tejido social y la disolución de la dicotomía y oposición entre capital y trabajo hace factible la publicidad que nos muestra el ahorro como una inversión; por el otro, la individualización de la responsabilidad en un mundo en el que la mecánica y la lógica de conjunto son las mejores posibles, son «buenas» por definición, hace verosímil asumir que mi consumo de derivados del petróleo puede ser entendido como una actividad ecológica que contribuye al mantenimiento del planeta y no a su degradación. Lo increíble se torna verosímil y lo imposible perfectamente viable. Prometeo se ha apropiado del fuego de los dioses: el capitalismo neoliberal-global ha adquirido la condición prometeica y, con ella, y frente a nuestra limitación y precariedad como seres humanos, nos ilumina con su Verdad, que es incuestionable y hemos de acatar sumisa y dócilmente. La verdad prometeica transmuta el ahorro en inversión y el consumo de petróleo en ecologismo.

¿Cabe reconstruir una verdad alternativa, menos prometeica, menos omnímoda y más propiamente humana, sencilla y... anti-capitalista? Quizá llegado sea el momento de intentarlo...

Realidades y prácticas: el neoliberalismo genocida

En *La era de la información* Manuel Castells nos ofrece «la radiografía de nuestro tiempo»¹⁰ y en ella resalta un dato aterrador en el que, por cierto, se detiene con especial detalle: ese capitalismo neoliberal-global prometeico se alimenta del asesinato de niños.

Los flujos desterritorializados de especulación financiera han propiciado otros flujos globales de actividad económica. En lo tocante a los niños, fundamentalmente dos: la economía de la pornografía y la prostitución y la economía de la guerra.

La pornografía y prostitución infantil son actividades lucrativas en todo el planeta. Niños/as de familias pobres son crecientemente condenados/as a ser la mercancía de la que se benefician unos cuantos especuladores y consumen, en general, ejecutivos aburridos¹¹. Se convierten en «mercancía secundaria» de los flujos finan-

¹⁰ Es de reseñar que la información utilizada por Castells, a fecha actual, es «obsoleta» pues utiliza indicadores de lo que sucedía hasta hace dos décadas. Teniendo en cuenta el aceleramiento de todos los procesos en los que estamos inmersos, todos los datos deberían ser revisados y actualizados. Pero, paradójicamente, dicha actualización no invalida su visión, pues cuantas tendencias apunta en su obra no han hecho más que agudizarse: su pronóstico es, hoy, todavía más vigente. Si el índice de pobreza medio en los países del primer mundo se situaba en torno al 20% a principios de los 90 (es decir, los países ricos lo eran a costa de que uno de cada cinco de sus ciudadanos fueran pobres), a fecha actual ha subido al 25%. Este índice le servía a Castells para ilustrar que la «exclusión social» ya no implicaba la ausencia de recursos económicos, de un trabajo, sino que incorporaba la precariedad laboral (cerca de un tercio de los asalariados estadounidenses, en ese momento, percibían sueldos inferiores al nivel de ingresos estimado como de pobreza). Pues bien, siendo esos datos hoy obsoletos, esta nueva modalidad de exclusión social, el argumento, no ha dejado de incrementarse. Y en España las nuevas medidas de regulación laboral recientemente aprobadas van a acelerar incluso más dicha tendencia.

¹¹ «...muchos niños... se han convertido en artículos sexuales a gran escala... aprovechando la globalización del turismo y las imágenes»; esos/as niños/as son objeto de interés «entre los segmentos adinerados de los profesionales aburridos». Y «Así, la sociedad red se devora a sí misma, a medida que consume/destruye un número suficiente de sus propios niños como para perder el sentido de la continuidad de la vida a través de las generaciones, negando de este

cieros. Y además, alimentan, como materia prima, la economía bélica cuyos mercados de consumo están en el cuarto mundo y cuyas empresas beneficiarias radican en el primer mundo. La industria armamentística (con EEUU a la cabeza) se sostiene gracias al mantenimiento de un mercado de consumo regular de sus productos fuera de las fronteras donde éstos son producidos.

Este genocidio infantil no es un aspecto marginal y tangencial del mundo que habitamos: matar niños es la consecuencia necesaria del último gran impulso que ha llevado al sistema capitalista a sus cotas actuales. Siguiendo el argumento de Lamo de Espinosa (2010), tras el empuje experimentado por la Europa Occidental con el proceso de modernización, un segundo y decisivo proceso de transformación radical se dio, entre los años 70 y 90 del siglo pasado, con la “impregnación” del conocimiento científico-técnico al conjunto del tejido social. La ciencia, como modalidad culturalmente hegemónica de conocimiento, alcanzó su cota definitiva, tanto por definir, como modelo, los procesos de pensamiento de las ciudadanías (y, en consecuencia, la base de sus decisiones prácticas), como por condicionar prácticamente su existencia mediante toda la tecnología producida a partir de ella. Ahora bien; hablamos de un «salto económico» en el que la ciencia (de laboratorio) se combina con la empresa (de inversión). Y el principal empuje para ese salto es lo que Lamo denomina «el complejo militar industrial (CMI)».¹² Se constituyó una

«...triple alianza durante la Guerra Fría de: 1) los intereses militares y del Pentágono, amparados por congresistas que defienden los puestos de trabajo de sus Estados; 2) alianzas con las grandes empresas de armamento y tecnología; y 3) en íntima conexión con las *research universities* y sus laboratorios. Todo ello orientado a la producción de ciencia y tecnología en gran escala» (Lamo, 2010: 28).

La bomba atómica fue resultado de un proyecto militar-industrial, el *Proyecto Manhattan*, que llegó a involucrar a más de 130.000 personas en 30 sedes distintas (Ibíd. 29). Según Lamo, esto supuso una novedosa, y productiva, vinculación entre conocimiento (universidad) y economía (empresa) que marcaría el punto de arranque de una revolución de la cual somos, a fecha actual, partícipes: la eclosión del conocimiento (científico) como eje vertebrador de nuestra existencia, con la financiación, soporte y apoyo del capital privado. A nuestro entender, tiene un significado adicional: la industria bélica fue, al amparo y con la cobertura de la ciencia producida en la Universidad, el principal baluarte del despegue económico neoliberal en Occidente y, por lo tanto, soporte fundamental de la transición hacia el neoliberalismo global. La especulación financiera actual se afianza inicialmente en el desarrollo científico-técnico de la industria militar. La economía, para prosperar hasta dónde ha llegado, ha necesitado producir sistemáticamente muerte con sus productos. Los/as niños/as han sido, entonces, materia prima, barata, necesaria.

Sin embargo, y aunque pueda parecer inverosímil, ésa no ha sido la principal operación «genocida» del capitalismo neoliberal-global. Sí lo ha sido, sin duda, en términos prácticos y materiales. Sin duda. Sin embargo, en un plano menos visible, más sutil, nada material, se ha procedido a un exterminio sistemático de nuestra capacidad humana. Ese capitalismo nos ha expropiado de nuestra condición de «personas», ha operado una *discapacitación* generalizada de nuestra existencia. Si la industria armamentística asesina niños/as selecti-

modo el futuro de los humanos como especie humana”. “...el capitalismo informacional... es una estructura social específica, con sus reglas y su dinámica, que... se relaciona sistemáticamente con la sobreexplotación y el abuso de los niños, a menos que unas políticas y estrategias deliberadas combatan esas tendencias”. “...cuando son posibles los mercados globales de todo de cualquier lugar a cualquier otro, el último impulso a convertirlo todo en mercancía, el que afecta a nuestra propia especie, no parece contradecir la regla más estricta: que la lógica de mercado sea la única guía de las relaciones entre la gente, soslayando los valores y las instituciones de la sociedad” (Castells, 1996: 154-163).

¹² «...la advertencia sobre el riesgo que supone una alianza de intereses militar-industrial fue expuesta por primera vez por el anarquista francés Daniel Guérin en 1936 en su libro *Fascismo y grandes negocios...* en el que examinaba las relaciones entre los grandes empresarios alemanes e italianos (especialmente de la industria pesada) y los gobiernos, en detrimento de la industria de bienes de consumo (o “ligeros”)» (Lamo, 2010: 26).

vamente para garantizar un mercado solvente, la economía neoliberal-global elimina seres humanos masiva e indiscriminadamente. Mientras los/as niños/as son el efecto genocida específico de un pilar de la economía actual, todos/as somos el efecto genérico de su dinámica de fondo.

Cuando des-aprender a ahorrar significa ser empresario/a, consumir gasolina ser ecológico y matar niños un beneficio lucrativo, algo, de fondo, se ha quebrado en nuestra existencia.

El genocidio inmaterial, profundo, que ha propiciado este sistema económico nos condena a no poder decidir, autónomamente, lo que somos, lo queremos y deseamos ser. Es, por decirlo «poéticamente», un genocidio del Alma Humana, de esa «interioridad solitaria» que, según María Zambrano (1988), nos otorga nuestra específica condición humana, más allá de nuestras determinaciones biológicas y de nuestras constricciones sociales, históricas y culturales.

Y no se trata de un planteamiento trascendente, metafísico, abstracto. Se trata de la experiencia cotidiana, rutinaria, de la gran mayoría de seres humanos que poblamos este territorio terráqueo: ¿por qué y para qué hago, cada día, lo que hago?? La lista de imperativos presupuestos, innombrados, supuestamente aporéticos que llevan a la imposibilidad de esa pregunta cotidiana para la gran mayoría de nosotros/as es «el problema». El problema no es la pregunta, sino la imposibilidad práctica de plantearse para la gran mayoría de las personas.

Se trate de la mera subsistencia en las zonas más desfavorecidas del planeta (lo que suma las tres cuartas partes de la especie humana), se trate de la rutina laboral diaria, regulada por la métrica repetitiva del reloj y del calendario, se trate de la puesta en suspenso de dicha rutina para quienes no han accedido a un puesto laboral o lo han perdido, se trate de los privilegios derivados de un puesto de dirección o gestión, sea cual sea ese escenario cotidiano, los imperativos vienen impuestos, con un poderoso efecto de homogeneización, por la maquinaria ideológica que sustenta la lógica práctica del capitalismo neoliberal-global, al amparo de una racionalidad formal que justifica y legitima la prosecución del ideario ilustrado en torno a la noción de progreso; la lógica «sacrificial» (Zambrano, 1988) que edifica la Historia que, predicándose «humana», es en realidad la historia de la cultura occidental, una historia particular que ha terminado por imponerse hegemónicamente. Y el «sacrificio», que con los inicios de la modernidad lo era del individuo al Estado, de los intereses particulares al colectivo, hoy lo es de la integridad de la persona humana, en su constitución como tal, a la lógica global de la especulación financiera, de la persona a lo empresarial y sus imperativos como principio de regulación generalizada de nuestra existencia.

Nuestra existencia cotidiana se justifica y hace relevante si aceptamos y acatamos los presupuestos del «éxito social» inscritos en esa cultura actualmente hegemónica y que pasa, necesariamente, por el éxito económico, que, a su vez, sólo puede ser logrado si ajustamos nuestra conducta a las demandas del mecanismo que lo propicia: cálculo, egoísmo, maximización, instrumentalidad, competencia. Presupuesta formalmente la igualdad de oportunidades, así como la universalidad de derechos, todos remamos en un mismo barco que hay que procurar que no se hunda. Y, de hecho, todos remamos, aún no sabiendo muy bien por qué ni hacia dónde.

En la escuela se nos inculcan los esquemas de pensamiento que hacen factible la imposición ideológica de los principios de regulación de nuestra conducta. La extensión generalizada de los principios de racionalidad científica, el empirismo como prueba de verdad, la causalidad formal como camino hacia la misma y la oposición dicotómica de categorías analíticas como base y soporte de toda argumentación legítima sedimentan como principios fundamentales que estructuran y modelan nuestros procesos de pensamiento.

El origen mítico de este ideario es el «Logos», en su versión platónica, el conocimiento como vía de acceso al bien supremo, como principio de unificación entre conocimiento, belleza y bondad. Con la tradición cristiana, el logos, potestad divina, le fue expropiado al ser humano: el pecado original fue su intento de reapropia-

ción; y el castigo, la condena a trabajar para poder vivir («ganarás el pan con el sudor de tu frente», como reza en el Génesis). El camino hacia el bien supremo a través del conocimiento, en consecuencia, adquiere una dimensión económica. Finalmente, la Ilustración dotó al logos de sus procedimientos adecuados, racionalidad y causalidad; al bien supremo de su principio estructurador, el progreso; y, finalmente, a su condicionalidad económica de su lógica funcional, la lógica capitalista: el capital¹³ como principio regulador de un mercado que funciona bajo la alquimia de la mano invisible de Smith, generando, a partir del interés particular, riqueza colectiva. El logos originario adquiere entonces la entidad de un conocimiento que conduce al progreso al amparo del beneficio capitalista. Ese logos será potestad de un sujeto, sujeto de conocimiento, trascendente e intercambiable que ha de ser, a la par que racional, progresista y egoísta, es decir, un «individuo», y, por lo tanto, portador de entidad política, ciudadano portador de los derechos y deberes propios de los principios democráticos (la reapropiación humana del logos es, pues, también una operación política que supone la supresión de los principios aristocráticos tradicionales para el ejercicio del poder).

Será ese logos ilustrado, transmutación del logos mítico originario, el que informe el impulso de la ciencia moderna, que habrá de ser un soporte fundamental, gracias a los avances tecnológicos, del desarrollo de la economía capitalista, el logos que propicie la extensión de los principios de racionalidad de dicha ciencia al conjunto de las poblaciones occidentales a través de los aparatos escolares:

«...la ciencia es, progresivamente, no un aprendizaje minoritario, sino un modo usual de pensar utilizado espontáneamente por una gran masa de ciudadanos; no una práctica esotérica de algunos nativos (los llamados “científicos”), sino un comportamiento, un hábito de pensar, exotérico, de mayorías. La ciencia es ya cultura y, en muchos sitios, cultura popular de masas. (...) los ciudadanos han hecho suya la lógica de la ciencia como hábito fundamental de pensar» (Lamo, 2010).

...Y el logos que conducirá al CMI, al complejo militar industrial; hábito de pensamiento mundano a la par que principio fundamental de la industria bélica. El logos que propicia el CMI propicia ese genocidio, específico y concreto, económico, que asesina niños/as para la obtención de un beneficio. El logos que se ha instaurado como cultura y hábito mundano y mayoritario es el que propicia el genocidio extensivo y genérico que nos expropia de nuestra condición propiamente humana. Sumidos en ese hábito, constreñidos por sus principios de racionalidad e instrumentalidad, somos terreno abonado para la ideología neoliberal-global.

El fin del capitalismo

Quizá sea necesario clarificar de modo más expreso cómo ese logos transmutado en hábito de masas es el basamento sobre el que se edifica la dominación ideológica del capitalismo neoliberal global.

Los principios de racionalidad exacerbados por la modernidad se traducen en la famosa expresión escolar «el hombre es un ser racional»¹⁴, y todo aquello que no forma parte de esa racionalidad no es propiamente

¹³ Cabe enfatizar, por sí, pese a lo evidente, se nos escapa, ponemos en suspenso o simplemente no tomamos en consideración, que «capital» es dinero invertido en la actividad económica con la intención de obtener de dicha inversión un «beneficio». Como bien nos recuerda Marx (1984: 197-214), el mercado, como espacio de intercambio económico, ha existido mucho antes del surgimiento de la economía capitalista, y que el mercado propiamente capitalista sólo existe a partir del momento en que la búsqueda del beneficio, el capital, es lo que moviliza su intercambio. Y, obviamente, si el sistema capitalista se llama así, capitalista, es precisamente porque lo específico de él es el capital, esto es, el objetivo del beneficio como motivación para la inversión de dinero en ese mercado.

¹⁴ Y esa frase, que todos/as hemos oído y leído en el aula, habla del «hombre», y no del ser humano; nada dice de la «mujer». No cabe aquí extenderse en esa omisión, pero es significativo anotarla, pues denota 1) que de su uso se deriva esa asunción, propia del hábito racionalista inculcado como cultura mayoritaria, que lo masculino nombra en genéri-

humano, es inferior, y ha de ser refrenado, sometido, domesticado... eliminado. La razón somete a la pasión, el pensamiento al sentimiento y la mente al cuerpo¹⁵. Estos esquemas dicotómicos en torno a nuestra condición como personas se nos inculcan y forman parte de lo «evidente» desde que tenemos conciencia. Se trata de una gran operación de «naturalización» de lo arbitrario que contiene esa particular, concreta e históricamente datada forma de concebir lo que sea el ser humano que surge, a partir de la herencia del logos de la Grecia Clásica, con el racionalismo ilustrado de la modernidad.

Esas formulaciones acaban conformando nuestra existencia cotidiana; en nuestro quehacer diario hemos de buscar siempre el máximo ajuste a tales criterios que nos definen, supuestamente, como personas, anulando todo cuanto, de hecho, realmente somos y no «encaja» en ellas. Hemos de actuar con tino y mesura, no dejándonos llevar por impulsos irracionales, o por debilidades sentimentales; hemos de evaluar objetivamente y delimitar causalmente las situaciones para actuar de la manera más conforme a esas condiciones objetivas, tratando de obtener, siempre, el mayor beneficio instrumental; hemos de ser tenaces y firmes, sacrificados en el perfeccionamiento permanente de esas aptitudes. Siguiendo esas directrices, nuestra condición humana será la mejor posible y, con ello, nuestra existencia será, a su vez, la mejor posible.

Dichas aptitudes son, precisamente, las que se supone que hay que aplicar en nuestras acciones económicas: esfuerzo, aprendizaje, profesionalidad, empeño, cálculo estratégico, objetividad, tenacidad, perfectibilidad, maximización instrumental: racionalidad puesta al servicio del beneficio económico. El empresario de éxito lo es porque ha logrado el máximo desarrollo y optimización de esas aptitudes definitorias de su condición humana; el trabajador descualificado y desempleado lo es porque no ha logrado tal optimización y desarrollo; el uno ha de perseverar en su camino; el otro ha de esforzarse mucho más.

Como es evidente, el contexto, las constricciones estructurales, las condiciones de posibilidad, los recursos de partida, etc. no forman parte de aquello que nos define como personas. Tampoco nuestras limitaciones, precariedad y finitud como miembros, cuerpos, de una especie biológica. Tampoco la emoción, los sentimientos, los sueños o los deseos. Queda fuera de nuestra conformación como personas, tanto lo extrínseco como lo intrínseco de nuestra efectiva constitución que no se amolda a su definición como racional.

En el proceso que va desde, aproximadamente, el s. XVI hasta la actualidad, el mundo Occidental (que en principio era sólo europeo y que a partir de finales del XVIII incorporó a los EEUU, que han acabado constituyéndose como la máxima expresión de la «occidentalidad») ha atravesado numerosos episodios de inflexión y retroceso en lo cultural, lo económico y lo político: confrontaciones bélicas (uno de los ejes estructurales de la conformación del Estado-nación —Ramos, 1995—), ciclos de auge y de declive económico, fluctuaciones demográficas, cambiantes modelos de organización política, múltiples escuelas y estilos artísticos. Sin embargo, al amparo de la noción de progreso, todo ese discurrir, en su conjunto, implica un avance positivo que

co a lo masculino y lo femenino, ocultando el hecho de que 2) en realidad expresa una desvalorización de lo femenino y unos esquemas de pensamiento, percepción y acción profundamente machistas de dicha cultura, que es la cultura occidental; y, asimismo, 3) nos sirve como indicación de por qué lo femenino ha sido considerado por dicha cultura lo «impuro», lo no dotado plenamente de racionalidad, lo emocional y afectivo, lo no propiamente humano y más próximo a la irracionalidad animal, a la impureza del cuerpo procreativo carente de mente propiamente racional.

¹⁵ Por eso, todo cuanto remite inexcusablemente al cuerpo resulta tan problemático para dicha cultura, como lo es la sexualidad, y de ahí la incomodidad que supone enfrentarse a las preguntas que nuestros/as hijos/as hacen al respecto en el momento, que siempre llega, en el que las hacen. Incomodidad derivada de que el cuerpo ha sido suprimido por los discursos de racionalidad que se han instalado en el núcleo de nuestra cultura, definiéndonos como personas al margen del cuerpo; así, cuando el cuerpo se erige en primer plano, no sabemos muy bien cómo abordarlo, hacerlo explícito, reconocerlo como parte de nuestra condición humana; es parte del «malestar de la cultura» que anunciaba Freud (1995): cuerpo, corporalidad, sexualidad, pulsiones, relegados a un inconsciente del que la conciencia racional se desentiende.

nos ha llevado al momento actual; el camino lo ha sido siempre del logos, del conocimiento en pos del bien supremo. Y la definición actual del bien supremo, que es la empresa colectiva que se supone que emprendió el mundo occidental, es una economía global movilizadora por los flujos de la especulación financiera. Si hemos llegado hasta aquí es porque había que llegar hasta aquí. Ha sido el camino necesario para el desarrollo prometeico de esa persona humana reducida a sujeto racional e individuo calculador e instrumental, que es, se entiende, la mejor condición que puede tener la persona humana.

Luego es evidente, se supone, que pese a que la situación estructural de una crisis económica planetaria propiciada por los excesos desmedidos de unos cuantos especuladores financieros, cualquier persona humana «responsable» (responsable de su condición de tal), ha de acatar las imposiciones del momento. Ha de des-aprender a ahorrar, hacer ecologismo consumiendo petróleo, sacrificar su puesto de trabajo y las garantías sociales asociadas antaño al mismo, vender sus hijos al mercado global de la prostitución infantil o mandarlos a morir a la guerra. Su condición racional de persona humana le ha de hacer entender, evidentemente, que ese es el sacrificio demandado por un proyecto colectivo que camina hacia el progreso, hacia el bien supremo.

Porque la persona humana conformada a partir de la racionalidad moderna no tiene la potestad, como tal, de plantearse alternativas al proyecto en el que ha sido involucrada; cualquier alternativa nos desvía del camino del progreso; cualquier alternativa es «mala».

Hasta los años 70 del siglo pasado, esta última afirmación era «débil», pues la experiencia reciente de las políticas económicas keynesianas (bastante anti-liberales) y la realidad efectiva de regímenes políticos anti-capitalistas (no necesariamente buenos, o mejores que los pro-capitalistas; simplemente existentes y por ello, distintos), así como los movimientos anti-culturales, la emergencia del feminismo y del ecologismo, señalaban, práctica o discursivamente, que las alternativas eran factibles y, quizá, deseables.

Pero a partir de los 70 se dio un proceso de homogeneización planetaria en el que toda alternativa dejó de tener vigencia, radicalizándose, en el proceso, la condición racional-instrumental de la persona humana protagonista, supuestamente, del mismo. En el tránsito de apenas dos décadas, y con el determinante papel de la revolución tecnológica de la microelectrónica, advino el, único y hegemónico, escenario de un capitalismo neoliberal global. Y entonces, la afirmación se hizo «fuerte». La radicalización de nuestra condición racional-instrumental como personas se ha ido llevando al extremo; el marco moderno de socialización primaria que había constituido la familia burguesa se fue desmoronando; los aparatos escolares fueron fortaleciendo el principio de la formación puramente técnica y el de la especialización funcional (dejando a un lado la dimensión moral y los valores; el humanismo); los Estados-nación fueron siendo vaciados progresivamente de su función política tradicional.

¿Qué es lo que se ha perdido fundamentalmente en este camino y qué puede indicar reflexivamente la posibilidad de recuperar alternativas?

Lo que se ha perdido es la capacidad propiamente humana de pensar; de pensar creativa y autónomamente, de ser capaz de formular realidades, posibilidades o proyectos distintos a los que se derivan de la racionalidad instrumental que alimenta este punto de llegada que hemos alcanzado con el capitalismo neoliberal global. La capacidad de darnos cuenta de que la publicidad de un banco o de una empresa de la energía tiene por objetivo obtener de nosotros un beneficio y nada más, no hacernos empresarios o ecologistas. La capacidad de desembarazarnos del tecnocratismo especializado que inunda nuestra existencia haciéndonos creer que esta crisis actual es algo en lo que todos tenemos parte y, por ello, responsabilidad cuando de hecho es la consecuencia de la especulación financiera que mueve y se beneficia de este capitalismo neoliberal global y sus responsables pueden ser identificados. Hemos perdido la capacidad «revolucionaria», en el pensamiento y en la práctica, la capacidad de ir a la raíz, de desenmarañar los discursos interesados que nos venden las bondades de un mundo que se hunde y señalar culpables.

Con nuestras acciones, cotidianas, alteramos el mundo que habitamos; de dicha acción y alteración resulta un mundo, cambiante, que pensar y repensar permanentemente para desarrollar en él una acción propiamente humana; de nuestra acción, cotidiana, resultan las condiciones prácticas a partir de las que desarrollar y aplicar nuestro pensamiento; de nuestro pensamiento, cotidiano, resultan las acciones que modifican ese mundo que pensamos, y que pensamos para actuar en él, y para hacerlo de acuerdo con principios subjetivos de los que no debería apropiarse nadie. Si condicionan nuestra capacidad de pensamiento haciéndola circular por esquemas que obedecen a intereses ajenos, nos expropiamos de nuestra capacidad de acción, propiamente humana y creativa:

«Aquellos universos en que la coincidencia casi perfecta de las tendencias objetivas y las expectativas convertía la experiencia del mundo en una continua concatenación de anticipaciones confirmadas se han acabado para siempre. La falta de porvenir... es una experiencia cada vez más extendida (...) el poder simbólico puede... abrir un espacio de libertad por medio del planteamiento, más o menos voluntarista, de posibles más o menos improbables... que la mera lógica de las probabilidades induciría a considerar prácticamente excluidos. [...] la fuerza... de la acción pedagógica, hace que las acciones simbólicas, incluso las más subversivas, tengan que contar... con las disposiciones y, por lo tanto, con las limitaciones que éstas imponen a la imaginación y la acción innovadoras (...) la creencia de que tal o cual porvenir, deseado o temido, es posible... puede, en determinadas coyunturas, movilizar a todo un grupo y contribuir de este modo a propiciar o impedir el advenimiento de ese porvenir.» (Bourdieu, 1999: 309-310)

Es necesario, en consecuencia, recuperar la capacidad creativa, de pensamiento de alternativas y de movilización colectiva. Y esto no es nuevo. Es tan antiguo como el dictamen de Marx: la revolución requiere de un sujeto colectivo dotado de conciencia autónoma como tal, un sujeto colectivo «des-ideologizado». Pese a todo el camino recorrido, las condiciones para la supresión de la desigualdad y de la explotación sobre la que se asienta el sistema capitalista siguen siendo las mismas. Lo que ha variado, claro está, son los instrumentos que pueden ponerse al servicio de dichas condiciones. Pero el instrumento fundamental, primario, es esa persona humana que ha sido desmantelada por el racionalismo ilustrado y el instrumentalismo capitalista. Para encontrar alternativas hemos, en primer lugar, de re-encontrarnos como personas humanas, íntegras, creativas y, profundamente, emocionadas (con una emoción enconada que desee pensar y fabricar dicha alternativa). De la intimidad singular que requiere esa reapropiación personal, y sólo de ella, surgirán las condiciones estructurales que pueden hacer plausible una movilización colectiva. Con voluntarismo y racionalidad seguiremos, irremediamente, siendo los sometidos frente a los que realmente están en posesión del poder, y que son, precisamente y por ello, los menos interesados en la promoción de alternativas.

Y así, entonces, en lo que a la intención se refiere, retrocedemos siglo y medio (lo cual no es mucho si atendemos al tiempo transcurrido desde la invención del logos mítico originario que nos ha conducido hasta aquí) para recuperar la propuesta revolucionaria de Marx: el objetivo a perseguir es la supresión de la economía capitalista; hoy cabe decirlo, sin duda. Y la tarea para su cumplimiento ha de ser una tarea colectiva, por lo que el problema de partida es determinar qué sujeto o sujetos colectivos han de protagonizar, y cómo, el proceso de transformación.

Ese sujeto colectivo debe constituirse a partir de personas y no en base a la versión racional-instrumental de la persona que se nos ha inculcado. Si algo hemos de des-aprender es esa definición obtusa y limitada de nuestra condición humana que nos reduce a individuos. Contra la presunta autonomía del individuo, hemos de constituirnos, reflexivamente, como personas interdependientes, precarias en ésa su condición pero, pese a ello, o más bien debido a ello, capaces, creativamente, de formular y llevar a la práctica un proyecto propiamente humano.

Nuestra sumisión práctica a la ideología neoliberal global, además de derivada de los discursos de racionalidad que legitiman y justifican la lógica económica actual, proviene además, si damos crédito a las formulaciones de Bourdieu, del proceso de familiarización constante con las estructuras objetivas de dicho marco económico, que nos hace, sin necesidad de raciocinio ni reflexión, agentes prácticamente competentes para ac-

tuar en ese marco objetivo, portadores de un *habitus* neoliberal que nos permite de manera práctica realizar anticipaciones conformes a la regularidad de la economía en la que hemos de desenvolvemos, generando, por así decirlo, esquematismos y automatismos prácticos conformes a los requerimientos objetivos del mundo económico. Pero en una situación de crisis global como la actual ese *habitus* deja de ser eficiente, se pone en suspenso ese conocimiento práctico, in-corporado en nuestra condición de agentes sociales, de cuerpos eficientes para la acción: «La falta de porvenir... es una experiencia cada vez más extendida». Y frente a esa falta de porvenir, o nos creemos las ilusiones prometeicas sobre el futuro de la publicidad empresarial, y con ello continuamos, adormecidos o sonámbulos, sometidos al disciplinamiento de quienes producen esas ficciones, o recuperamos aquello que nos fue expropiado, un logos propiamente humano, des-mitificado y des-racionalizado: « el poder simbólico puede... abrir un espacio de libertad por medio del planteamiento, más o menos voluntarista, de posibles más o menos improbables». Cuando la eficiencia práctica ya no se puede actualizar y cuando los discursos de racionalidad ya no sirven para alentar el «sacrificio», hace falta recuperar la imaginación creativa. Pero para ello se requiere la edificación de unas bases materiales adecuadas.

Para construir un futuro humano que el capitalismo no nos puede ofrecer hace falta ponerse a pensar, pero para ello son necesarias las condiciones adecuadas, las condiciones que propicien la emergencia de sujetos colectivos dotados de capacidad de acción autónoma, reflexivos y creativos. ¿Cuáles? Sinceramente, no lo sé, y parte de la tarea de pensamiento que se avecina es encontrarlos, constituirlos y promoverlos. Un primer paso sería (y ello requeriría investigación independiente y análisis crítico) desvelar qué podría movilizar, colectivamente, a esos porcentajes en torno al 40% de los electorados que al no votar sistemáticamente hacen evidente la deslegitimidad de hecho del principio de representación democrático. Otra tarea urgente es la de la revisión de los programas pedagógicos de los aparatos escolares. También, intuyo, recuperar a nuestros mayores (cuando la vejez, en las sociedades avanzadas, va conformando progresivamente la franja etérea de las poblaciones).

Sólo puedo asumir un imperativo en lo concreto. Que la función de la Sociología no puede ser la de suministrar herramientas a los dominantes para que puedan perpetuar su dominación, sino desarrollar investigación y pensamiento críticos que suministren herramientas a los dominados para que se liberen de esa dominación. Y a partir de ahí, en lo genérico, creo que cada cual, en la medida de sus posibilidades, ha de ser capaz de desarrollar estrategias prácticas de liberación (con la ayuda de esa labor crítica de la ciencia sociológica, puesta al servicio del ser humano y de la persona, y no del poder y de los dominantes). Un primer aglutinante, en cualquier caso, es reunir a cuantos quieran asumir que, efectivamente, el camino a emprender es la transformación, la supresión de las condiciones estructurales actuales (el neoliberalismo global y la crisis a la que nos ha conducido). Y a partir de ese aglutinamiento proceder a la discusión y formulación, colectivas, de alternativas a este estéril panorama planetario que hemos alcanzado. Quizá, parafraseando a Marx, será necesario que dejemos de ser, los seres humanos, los protagonistas inconscientes de la Historia y pasemos a decidir la historia futura en la que queremos empeñar nuestras acciones.

Bibliografía

- Alonso, L. E. (1999): «El trabajo más allá del empleo: la transformación del modo de vida laboral y la reconstrucción de la cuestión social», en L. E. Alonso: *Trabajo y ciudadanía*, Madrid, Trotta.
- Beck, U. (1998): *¿Qué es la globalización? falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- Bilbao, A. (1999): «La posición del trabajo y la reforma del mercado de trabajo», en C. Prieto y F. Míguels: *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, s. XXI; pp. 305-321

- Bourdieu, P. (1999): *Meditaciones pascalianas*, Madrid, Anagrama.
- Castel, R. (1997): *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- Castells, M. (1996): *La Era de la Información (Volumen 3)*, Madrid, Alianza.
- Foucault, M. (2008): *Nacimiento de la biopolítica*, Buenos Aires, FCE.
- Freud, S. (1995): *El malestar de la cultura*, Madrid, Alianza.
- Lamo de Espinosa, E. (2010): *La sociedad del conocimiento: información, ciencia, sabiduría*, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (discurso de recepción como Real Académico de Número, 26 de octubre de 2010).
- Lizcano, E. (2009): «La economía como ideología», *Revista de Ciencias Sociales*, 2ª época, 1, Universidad de Quilmes; pp. 85-102.
- Marx, K. (1984): «La transformación de dinero en capital» (El capital, sección segunda, libro primero), Madrid, s. XXI; Vol. 1, pp. 197-214.
- Merton, R. K. (1970): «La profecía que se cumple a sí misma»; en: Merton, R. K.: *Teoría y estructura sociales*, México, F.C.E.; pp. 419-434.
- Montoro, R. (1985): «Escasez, necesidad y bienestar: apuntes para una sociología de la economía», *REIS* 30, pp. 69-92.
- Navarro, V.; Torres, J.; Garzón, A. (2011): *Hay alternativas: propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, Sequitur – Attac España: http://www.sequitur.es/wp-content/uploads/2011/10/hay_alternativas.pdf
- Prieto, C. y Gómez, C. (1998): «Testigas de cargo: mujeres y relación salarial hoy», *Cuadernos de Relaciones Laborales* 12, pp. 147-167.
- Ramos Torre, R. (1995): «La formación histórica del Estado nacional», en M. L. Morán y J. B. Benedicto (eds.): *Sociedad y Política. Temas de sociología política*, Madrid, Alianza; pp. 35-67.
- Robbins, J. (1964): *Economic Philosophy*, Harmondsworth, Pelican Books.
- Samuelson, P. A. (1976): *Curso de economía moderna*, Madrid, Aguilar.
- Torns, T. (1999): «Las asalariadas, un mercado con género», en F. Miguélez y C. Prieto (eds.): *Las relaciones de empleo en España*, Madrid, siglo XXI.; pp 151-166.
- Watson, T. (1995): *Trabajo y sociedad*, Barcelona, Hacer.
- Zambrano, M. (1988): *Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos.